

ESTUDIOS HISTÓRICOS Y DE VIAGES.



Armas de los Estados Unidos.

LOS ESTADOS UNIDOS.

Todo choca, todo conmueve, todo interesa en los Estados Unidos. Todo es nuevo é inesperado para el europeo, ora recorra el dominio de los hechos memorables, ora se fije en las impresiones exteriores. Cada paso que se da en este país es un motivo de estudio y de observación. Así como en esas tierras privilegiadas que ha enriquecido con los tesoros del arte el genio del hombre, y donde la mano del tiempo los ha sembrado de sublimes ruinas, el viajero se detiene respetuoso delante de cada monumento, de cada fragmento, para meditar y recomponer con su auxilio el curso de los tiempos pasados, así en América en vano buscaría la historia escrita en las piedras y ruinas cubiertas de musgo, ó inmortalizada por las obras maestras del arte, por las grandes creaciones del genio. En la sociedad antigua los recuerdos son el encanto del viajero; en el Nuevo Mundo son el resultado inmenso del presente, los misterios del porvenir lo único que hay que consultar.

Muchas veces se ha intentado por los viajeros, sondear el secreto de la prosperidad de los Estados Unidos: examinar desde la base á la cumbre el edificio social al abrigo del que vive, se agita y engrandece cada día mas un pueblo

SEGUNDA SERIE.—1855.

que apenas cuenta poco mas de medio siglo de existencia entre las naciones, preguntando á cada cosa el secreto de este desarrollo, de esta prosperidad tan rápida y sorprendente.

Es preciso estar muy en guardia contra las primeras impresiones que se reciben al viajar por los Estados Unidos, por vivas que sean, pues son bastante engañosas.

Para el viajero que desee sacar un provechoso partido de su viaje y permanencia en los estados de la Union, antes de que observe nada y de que se ocupe de los detalles de las cosas que se presenten á su vista, es preciso que por via de prólogo comience por iniciarse en el estudio de los costumbres y de las instituciones del país. Esto es la educación primera, el a—b—c de todo viajero, por la razon sin réplica de que las costumbres, los hábitos, las razas mismas de los hombres cambian de la manera mas absoluta de un estado á otros, y casi puede decirse de una ciudad á otra. Nada es mas sencillo y nada es al mismo tiempo mas complicado que todo lo que nos llama la atención en los Estados Unidos. Si vemos mal al principio las cosas, sacaremos consecuencias falsas, erróneas, de cuanto oigamos y observemos. Es preciso tomar, pues, un conocedor del país que nos guíe.

Supongamos, por ejemplo, que nos encontramos con uno de esos eternos fumadores que no se les cae el cigarro

AÑO XIII. 9

de la boca á la salida de Filadelfia ó de Boston, y que le preguntamos sobre los Estados Unidos, nos responderá de seguro que es el país de la arbitrariedad.

No hablo de suposiciones, refiero un hecho real y positivo. Me encontré precisamente un día con un hombre de esta clase. Me pareció muy desilusionado de los Estados Unidos; echaba de menos la Francia y aun el gendarme que á punto había estado de prenderle como revolucionario, si no emigra.

—¿Qué desgracia os ha sucedido? le pregunté.

—Figuraos, me contestó, que llego á Filadelfia, un domingo. Tengo el capricho de salir á pasear por las calles sin mas objeto que verlas y contemplar los edificios. Enciendo un cigarro en el hotel y me dispongo á salir. Notaba yo que todos me miraban con asombro, como quien dice: ¡vaya un hombre atrevido! Salgo á la calle, pero apenas había puesto los pies en ella, se me llega á mí un individuo que con mucha política, es verdad, me dijo: «Caballero, no se fuma en las calles de Filadelfia el domingo.»

Creí al pronto haber comprendido mal, no siendo muy fuerte en el inglés. Le saludé para corresponder á su cortesía, y quise continuar mi camino, pero mi interlocutor me cogió muy buenamente del brazo, y me reiteró la orden de apagar mi cigarro, porque no se fumaba en las calles el domingo. Volvíme furioso al hotel, y no salí de él en todo el día. ¡Vaya un despotismo que no tiene sentido común! A la mañana siguiente salí para Boston, y quise como en Filadelfia recorrer sus calles, salí con el cigarro en la boca según mi costumbre. Apenas había puesto el pie en la calle, se llegó á mí un agente de policía, con mucho modo como el de Filadelfia y me habló de esta manera:

—Caballero, servios tirar vuestro cigarro. No se fuma en las calles de Boston.

—Perdonad, les dije, conozco bien el día en que estamos, hoy no es domingo.

—Teneis razon, es martes... pero.....

—¿Y bien?

—¿Y bien! ¿qué tiene que ver con lo que os digo el día de la semana?

—En Filadelfia, le respondí, otro caballero que ejerce el mismo empleo que vos, me ha advertido, y me ha dicho de seguro por dos veces, y me ha enterado muy bien de que no se podía fumar en las calles el domingo.

—En Filadelfia podrá ser: pero yo no tengo nada que ver con eso. En Boston, caballero, no se fuma en la calle ningún día de la semana ni á ninguna hora del día. Como sois extranjero me contento con advertiroslo, pero si insistis en fumar os trataré como si fueseis del país.

—¿Y qué me hariais?

—Sacaros cinco dolars de multa.

—Caro me saldria el cigarro, exclamó desesperado el fumador: confesareis que es una tiranía sin igual.... No trata peor á los rusos Nicolás...

Y mi fumador marchóse de allí para maldecir las instituciones y costumbres americanas, que miraba como las mas bárbaras del mundo.

Otra costumbre hay tambien en los americanos, que es el uso solemne de la presentación: es preciso cuidar mucho de no faltar jamás á esta formalidad de la introducción, escrupulosamente observada en América mucho mas escrupulosamente aun que en Inglaterra de donde trae su

origen. Los americanos llevan hasta tal punto la severidad en esto, que se me ha dado como positiva una anecdota que es la pintura exagerada hasta el extremo de esta costumbre.

Había caído un hombre en el río Mississippi, y se ahogaba. Un americano, obedeciendo á un primer movimiento de generosidad, se disponia inmediatamente á salvarlo. Ya se había quitado sus vestidos, ya iba á lanzarse en el torbellino del río, cuando conteniéndose toma su lente, examina al que se ahogaba, vuelve á ponerse sus vestidos, y con la flema que distingue á los de su raza, vuelve lentamente la espalda murmurando estas palabras:

—No conozco á ese caballero; ¡no me ha sido presentado!

Juzguen los lectores el trabajo que me costaria introducirme con un amigo, á quien trato darles á conocer.

Es imposible imaginarse hasta que punto exageran los americanos la presentación, que tienen como una cosa indispensable de política y conveniencia. Me acuerdo que en Baltimore encontré en un carruaje público una pulsera riquísima y de gran precio. Inmediatamente la reconocí por haberla visto en el brazo de una linda jóven, que se había sentado á mi lado, corrí en su busca, y se la devolví. Tomó su pulsera, y se alejó de mí sin dirigirme una sola palabra de gracias, y aun sin saludarme. Yo no le había sido presentado, no me conocia, esta circunstancia la dispensaba de toda consideracion para conmigo. Esta era una cosa muy natural.

Había yo encontrado en Mobile, en *Mansion-house* en donde me alojaba, á Mr. Harris, que es el amigo que voy á dar á conocer á mis lectores. Hallábase colocado á mi lado en la mesa. Por un momento creí que era francés, é iba ya á aventurarme á hablarle, cuando le oí dirigir la palabra á un conocido suyo en el americano mas correcto y acentuado. Y digo en americano porque aunque la lengua escrita sea la misma que la lengua inglesa, al hablar los americanos tienen ciertos modismos de pronunciaci6n y sobre todo de acentuacion, que hacen distinguir muy fácilmente á un yanki de un inglés. Abstúveme, pues, de hablar á mi vecino, por no comprometerme con él. Tres veces por día durante una semana entera nos hallamos al lado en la mesa, al lado en el cuarto, encontrándonos continuamente en la escalera, y en el *Bar-room* (café) del hotel sin pensar uno ni otro en saludarnos. Pasada la semana traté yo de marcharme de Mobile, y en el momento en que los viajeros del hotel, que como yo debían subir el Alabama sobre el vapor *Selma*, (nombre de una poblacion situada en las márgenes del río) se disponian á embarcarse, ví aparecer á mi vecino de mesa y cuarto con gorra de viage, la capa bajo el brazo, y un maletin en la mano.

—Bueno, dije para mí, vamos á estar juntos sobre el *Selma* por sesenta horas, si va como yo hasta Montgomery: ¡lléveme el diablo si no encuentro medio de hacer conocimiento con él!

Ya ven nuestros lectores hasta donde llevaba el respeto por las costumbres, con objeto de no comprometer mi futura amistad. Había ido por la mañana á tomar mi billete en el vapor, y un número para el camarote. Las camas están puestas en los vapores unas sobre otras. Me dieron el número 176. Grande fué mi satisfacci6n cuando ya en el buque encontré á mi futuro amigo Harris; tenia el número 177. No sabia que pensar de esta insistencia de la suer-

te en aproximarnos sin cesar el uno al otro: vi en esto cierta fatalidad.

Si se hubiera tratado de otra persona que de un americano, le hubiera dirigido inmediatamente la palabra, le hubiera ofrecido un cigarro de la Habana, le hubiera tendido mi mano proponiéndole una amistad á muerte y á vida.

Con un francés, con un español, así hubiera obrado, pero con un americano tuve que enfrenar mis deseos, y decir para mí:—Pues que la casualidad lo ha hecho todo hasta ahora, ella proporcionará naturalmente una circunstancia para trabar conocimiento.

De las sesenta horas que teníamos que pasar juntos á bordo del *Selma*, habíanse pasado cuarenta y ocho sin haber cambiado una sola palabra y aguardando siempre la ocasión.

El modo con que esta vino me conduce á hablar un poco de la extraña navegacion por los rios de América y particularmente sobre el Alabama.

El *Selma* es uno de esos lujosos vapores que se ven en los Estados Unidos, verdaderas poblaciones flotantes, en que mil ó mil quinientos pasajeros se trasportan con la mayor facilidad de un punto á otro, y que en cada estacion se renuevan.

Aun teníamos que hacer diez estaciones antes de llegar á Montgomery. Diez veces atracamos en las orillas del Alabama, lo mismo de noche que de dia, para dejar y tomar pasajeros y mercancías. El aspecto interior del buque era como el espectáculo que nos ofrecian las orillas del rio, variable de un instante á otro.

Preocupábame seriamente una cosa, el temor de ver desaparecer á Harris en cada estacion. Mi dolor no hubiera sido comparable sino al de Calipo al ver la partida de Ulises.

El Alabama no es un rio tan frecuentado como el Mississippi, el Missouri y Hudson, que en todas direcciones están surcados por numerosos vapores. Dos vapores solos hacen el servicio de Mobile á Montgomery recíproca y alternativamente, cruzándose una vez sola en esta travesía de quinientas millas. Cuando se encuentra uno en medio de este rio, inmenso en algunas partes, parece uno estar perdido en un vasto desierto. Bosques espesos y árboles gigantes cubren sus orillas muy escarpadas en ciertos puntos. Reina el silencio mas completo en las aguas y en los bosques, y nada lo interrumpe sino el ruido regular de las máquinas que á fuerza de monotonía concluye por confundirse tambien en este solemne silencio. La sombra de los árboles cubre la mitad de lo ancho del rio, cuyas aguas tersas como un espejo se mueven apenas á algunas brazas por delante al robusto y progresivo empuje del buque, para alzarse en seguida en torbellinos de olas cuando los grandes brazos de las ruedas del vapor las mueven, agitan y azotan en su profundidad. Solo á la inmediacion de las poblaciones se ve algun ser viviente, lo demas es una inmensa soledad.

Esta navegacion del Alabama tiene alguna cosa de un paseo fantástico, y da una idea imponente y grande de estas escenas que están aun en su estado primitivo y que la mano del hombre ha desflorado no mas en algunos puntos.

Se ha representado siempre al pueblo americano como un pueblo esencialmente calculador, incapaz de apreciar las bellezas de la naturaleza. Si admira su rico pais es, dicen, por orgullo; si elogia la magestad de sus rios, es

porque sabe el partido que puede sacar de ellos para su interés material. Juicio falso y verdadero á la vez. Hay dos situaciones en que es preciso estudiar al americano. Aprecia antes que todo, en efecto, lo que es útil y provechoso: es esencialmente activo, trabajador, comerciante; deseando siempre mucho dinero y ocupándose de los medios de ganarlo. Tal es el americano en su vida ordinaria, en su almacén, en su oficina, en medio de sus negocios. Pero desde que se encuentra ocioso á pesar suyo, condenado, por ejemplo, á pasar sesenta horas sobre la cubierta de un vapor, el americano cambia repentinamente de existencia, es un hombre nuevo como suele decirse. Los instintos intelectuales se despiertan en él, sabe entonces pensar tan bien como cualquiera otro en aquel hermoso espectáculo de la naturaleza, y apreciarlo en todo su valor. Así durante el dia lo veia á todos muellemente sentados sobre la cubierta del *Selma*, con el cigarro en la boca, la pipa entre los dientes silenciosos y absortos como un poeta en la contemplacion de aquellas bellas páginas de la creacion que todos ellos habian ya veinte veces hojeado. Tal vez era yo el único pasajero del *Selma* para quien fuesen nuevas aquellas escenas: pues bien, no hay uno de esos hombres en la apariencia tan frios que de un momento á otro no esclamase con entusiasmo:—*Oh! very fine in deed!* ¡Magnífico en verdad!

Marchábamos, pues, deteniendonos de estacion en estacion, cuando al fin cinco horas antes de llegar á Montgomery, hicimos la última parada en una aldea que tiene un gran nombre, el de Washington. No hay un solo estado en la Union americana que no tenga una poblacion bautizada con este nombre ilustre y venerado. ¡Cuál fué mi satisfaccion al ver subir á bordo un valiente y joven oficial del ejército de Méjico llamado Steven, á quien yo habia conocido mucho en Nueva Orleans de vuelta de su campaña! Doble fué mi alegría cuando al llegar al gran salón del *Selma* oí este mismo grito á duo:

—¡Toma! ¡sois vos! ¡Cómo estais, mi querido amigo?

Eran Steven y Harris, que á mi lado se apretaban la mano. ¡No habia perdido nada por agnardar! La suerte continuaba su obra colocando entre Harris y yo á nuestro amigo Steven. De una ojeada habia comprendido este último que sus dos amigos jamás se habian dirigido la palabra. Apresuróse á presentarnos el uno al otro. Mi mano estrechó con efusion la de Harris, que por su parte manifestó un placer igual al mio. Fácil era ver que los dos habíamos conseguido el objeto que deseábamos.

—Venid á tomar alguna cosa, dijo Steven.

Dirigímonos los tres hácia el *bar-room* que hay en todos los vapores. Segun la costumbre americana, nuestros tres vasos se chocaron entre sí, y aspiramos lentamente al través de un tubo de cristal un *sherry-goblet*, deseándonos buena salud.

Desde entonces quedó establecida una íntima amistad entre Harris y yo. Nos comunicamos el mútuo deseo que teníamos de tratarnos, y como el, lo mismo que yo, habíamos luchado con el deseo de dirigirnos la palabra desde el primer dia que nos habíamos encontrado en *Mansion-house* en Mobile. Le habian detenido los mismos escrúpulos que á mí.

—¡Ah! ¡si yo hubiera sabido que érais español! me dijo.

—Y si yo hubiera podido adivinar que no érais americano puro!

Estas palabras fueron dichas en lengua española, que Harris hablaba con una pureza y un acento tan notable como el americano. Lo mismo hablaba el alemán, el francés y el italiano. Debía esta extraña facilidad de hablar con tanta elegancia los cinco idiomas, á la circunstancia de que su madre era francesa: su padre había nacido en España y era hijo de un americano, y había pasado los primeros años de su infancia en los Estados Unidos, habiéndose educado en Alemania y venido á establecerse en Boston, despues de haber viajado tres años por Italia.

—¿Os detendreis en Montgomery? le pregunté.

—Es preciso haber nacido en ese rincón, me respondió, ó ser miembro de la legislatura de Alabama, para detenerse mas de doce horas en Montgomery, mi querido amigo. Si

compañías eligen sus oficiales, y con la mochila al hombro marchan todos donde la guerra los llama. Cuando han cumplido el servicio de un año vuelven á su casa; el simple soldado entra en sus hogares; el oficial se despoja de sus efimeras charreteras. Ni el uno ni el otro aguardan recompensa de la patria, ni ascenso alguno, mas que el honor de haber pagado una deuda comun.

Si la patria no recompensa por ningun favor este sacrificio, en cambio recogen los valientes los testimonios exteriores del agradecimiento público!

Asi Steven marchó como capitán á la guerra contra Méjico, habia vuelto con dos heridas despues de haber asistido al asalto de Monterey, al sitio de Veracruz y á la toma de Cerro-Gordo.



Vista de Montgomery en los Estados Unidos.

nada os ocupa allí, nos marcharemos lo mas pronto posible. Yo voy á Boston, haremos juntos el camino en compañía de nuestro amigo Steven, que apostaría cualquier cosa no lleva mas objeto que pasearse.

Y pues que hablamos de Steven, os pintaré una parte de las costumbres americanas que hacen grande honor al pueblo en general, y en particular á la sencillez y desinterés de la mayor parte de sus ciudadanos. Esto es característico. En los Estados Unidos no hay ejército regular y permanente como sabeis, á lo mas se compone de diez mil hombres. Cuando la patria tiene necesidad de brazos para defenderla, todos son soldados. Todos son voluntarios que miran como un deber sagrado marchar al campo de batalla á pagar el tributo de su sangre. Ricos, pobres, jóvenes, hombres provecos, célibes, padres de familia, todos acuden indistintamente al grito de la patria en peligro. Las

Steven era hijo de un labrador de la aldeita de Washington, en donde hemos visto que habia tomado el vapor. Hacia ocho dias que habia llegado allí para abrazar á su anciano padre. La poblacion de Washington le habia manifestado sus simpatías. La mañana del dia en que le aguardaban, siete cañonazos anunciaron su venida, y en el momento en que desembarcó, la poblacion entera con una banda de música á la cabeza salió á recibirle, y le condujo á un salon donde habia preparado un banquete.

El mismo Steven nos refirió conmovido estos detalles.

Asi veis un soldado que se porta valientemente en tres acciones, que es herido dos veces y que toda la recompensa que saca es una demostracion de sus conciudadanos en honor suyo, y que le deja mas orgulloso y satisfecho que sus dos charreteras.

En estas conversaciones pasáronse rápidamente las cin-

co horas que nos separaban de Montgomery, haciendo tambien varias visitas al *bar-room*. Steven habia el primero ofrecido *alguna cosa*. Segun la costumbre cada uno de nosotros debia devolverle su atencion; y con gana ó sin gana, con sed ó sin ella, en semejante caso es preciso, sopena de pasar por un grosero é *impolitico*, aceptar y ofrecer á su vez. Sucede frecuentemente que hay que tomar así en los Estados Unidos quince ó veinte copas al dia.

En fin, el pueblo, no me atrevo á decir la ciudad de Montgomery, se presentó á nuestra vista en el fondo de uno de esos vastos estanques de que hemos hablado, en medio de un cuadro de verdura de una riquísima vegetacion, tal como la presentamos en nuestro grabado á la vista de nuestros lectores.

Desembarcamos en la capital de Alabama.

Al contrario de lo que existe en Europa, las capitales de los Estados Unidos son los lugares menos poblados, las

ciudades mas desiertas, menos comerciantes. Se ha cuidado siempre de elegir las con este objeto en un punto central, á fin de dejar aislado el poder, y al abrigo de las influencias que se desarrollan siempre en las grandes poblaciones. Todas las capitales de los Estados Unidos se hallan en este caso, y el mismo principio ha presidido en la eleccion de la ciudad que sirve de centro á la Union. La ciudad de Washington es un inmenso desierto. En su origen su poblacion era de 3,000 almas, hoy apenas cuenta 50,000, cosa que parecerá admirable al ver la prodigiosa rapidez con que se han acrecentado la mayor parte de las ciudades de la Union.

En Montgomery, fuera de su deliciosa vista sobre el rio, solo hay notable su Capitolio ó residencia de la legislatura, edificio inmenso que domina la ciudad, y es una copia en menor escala del gran Capitolio de Washington.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

AMORES DE ITALIA.

CESAR BORGIA.

¿Quién me dirá que ondas son mas limpias y puras, si las del Sena, el Tajo, el Arno ó el Tiber? ¿Quién me dirá que montes son mas poéticos, si los Alpes, los Pirineos ó los Apeninos? ¿Quién me dirá tambien que mugeres son menos coquetas, y saben engañar menos, si las inglesas, francesas, españolas ó italianas?

Yo os diré cual es el mas hermoso pais, las aguas mas apacibles, las mugeres mas alegres, los corazones mas verdaderos..... pero no es aquí donde os descubriré este misterio, quiero hablaros solo de Venecia, de Venecia la loca, la voluptuosa como se la llamaba en otro tiempo!...

Era en aquel tiempo en que la mayor parte de la Italia, ¡pobre tierra de flores! se hallaba entregada á una porcion de tiranuelos que la destrozaban... Hoy es muy distinto, las cosas han variado.

Los Orsini en Perusa, los Colonnas en Ostia, los Este en Ferrara, los Bentivoglio en Bolonia, los Malatesta en Rimini, los Montefeltri en Urbino, los Savelli en Sinigaglia y los Vitelli en Siena, hombres todos de guerra y de ardientes pasiones, se batian entre sí, se mataban, se envenenaban á cual mas podia.

César Borgia, era duque de Valentinois. El papa Alejandro VI, queriendo formar una elevada posicion en Francia al cardenal César Borgia, su hijo, que se hallaba disgustado del estado eclesiástico, obtuvo de Luis XII, que le crease duque de Valentinois. Cesar, era un feroz *condottiero*, mas poderoso, mas cruel y desalmado que todos ellos juntos.

Cuando podia atraer á sus redes á algun enemigo, quemaba á los unos las entrañas en medio de la alegría de un festin, arrojaba á otros al Tiber, todo con la mayor indiferencia, como una diversion. Perseguia con su daga á sus enemigos hasta el pie mismo de los altares, y la muerte es-

taba siempre pendiente sobre la cabeza de los que no amaba, diferente en esto de su dulce hermana Lucrecia Borgia, que no distinguía entre amigos y enemigos.

Venecia se hallaba en uno de sus bellos dias. El carnaval atraía a su pintoresco recinto á todos los principes, todos los grandes, todos los ricos, y en aquel tiempo habia muchos en Italia. Venecia se hallaba adornada, brillante, embriagada de placeres, poderosa. No era, ¡ay! la Venecia de hoy, silenciosa, vencida, oprimida, sin flores y sin festines y despojada de su corona del Adriático...

Nos hallamos muy distantes de los tiempos de los *condottieri* y del carnaval de Venecia.

Entonces las fiestas, los bailes, la alegría del carnaval atraía á los extranjeros á Venecia, y encantaban á sus habitantes. Veíase brillar en ella, como en Florencia, aquella antigua aristocracia guerrera y comerciante, cuya ilustracion se habia acrecentado como la de muchos patricios romanos.

Los espectáculos, las máscaras, los bailes se sucedian sin intermision ni descanso. Entre los que se hacian notar en las comparsas, y cuya galantería fijaba mas la atencion de las damas, sobresalia el señor Pablo Orsini, así como entre las mugeres mas lindas, de mas gracia y mas talento sobresalia Virginia de Appiano, hermana de Jacobo Appiano, á quien Lucrecia Borgia habia hecho envenenar en un festin para arrebatárle su fortaleza de Piombino.

César Borgia se hallaba perdido de amor por Virginia, pero ésta á quien amaba era á Orsini. Para evitar los terribles efectos del peligroso poder de los Borgias, habianse convenido los dos amantes en tratarse con la mayor frialdad é indiferencia, procurando dar á entender que tenian interes en otras personas. Virginia recibia sin marcada repugnancia, pero sin otorgar ningun favor, las declaraciones y galanteos del duque, y Orsini hacia la corte á todas las damas.

No bastaba esto á César. Generalmente se cansa uno de amar por solo amar. Es preciso que el objeto amado corresponda, y que haga feliz al que por él suspira: si se muestra tibio es que desdeña el amor ó que ama á otro.

El amor es loco y ciego por naturaleza: hacedle concebir una sospecha, y se convierte en penetrante lince que adivina hasta el pensamiento mas escondido en lo íntimo del alma.

César, vió pues, rápidamente con la perspicacia de un malvado, que era el juguete de Virginia, y que Orsini era su rival preferido. Púsose en guardia, los amantes fueron seguidos, espiados, vigilados; pero por largo tiempo lograron burlar su celosa vigilancia. Era preciso por tanto sorprenderlos, u oír algunas de sus declaraciones amorosas... Ocupóse César activamente en conseguirlo.

En una de las hermosas noches de Venecia, en que el mar duerme apaciblemente al pie de los muros del palacio del dux, en que las estrellas reflejan su brillo en las aguas, y el aire corre perfumado con las brisas del Lido, se daba una espléndida fiesta en el palacio de Oliveretto, señor de Formo, que se había secretamente comprometido con Borgia a ayudarle en la conquista de Sinigaglia, y que después de esta expedición fué muerto á puñaladas en los subterráneos del Vaticano.

César se había encargado en obsequio y honor de su nuevo aliado, de la decoracion y ornato del gran salon del baile, y de disponer las colgaduras y tapices.

Estaba á punto de terminarse el baile. Virginia y Orsini se habían dirigido algunas palabras, creyéndose sin duda seguros, y de que nadie podía haberlos oído. Ignoraban que César había dispuesto la colocacion de las colgaduras, cortinas y tapices... Alejáronse los dos amantes de la concurrencia, colocándose Virginia cerca de un bello tapiz de brocado y oro que César había hecho traer de Florencia, y junto al que había él mismo puesto su propia silla para que Virginia sintiese menos la incomodidad del calor.

Virginia prometía hacia largo tiempo un favor que Orsini solicitaba con vivísimas instancias. Aquella misma noche escitada con todas estas escenas de placer, habíase armado de resolucion y de amor, cedía en fin y acababa de consentir en recibir aquella misma noche á Orsini en su aposento...

Pasaban incesantemente los criados con ricas bandejas de plata llenas de dulces y pasteles de todas clases. César, lleno de atencion y de cortesania tomó un dulce que tenía figuradas las armas del duque, y lo ofreció galantemente á Virginia, que no pudo rehusarlo.

Reinaba la alegría por todas partes: la concurrencia se acerca por la última vez á saludar á César, terminó el festin y las góndolas se llevaron á sus casas aquella alegre y loca juventud que tanto se había divertido.

Hacia como una hora, que se habían apagado todas las luces en el palacio Appiano... sonaron tres palmadas, que era la seña de la llegada de Pablo Orsini, al pie del palacio, y Virginia debía bajar por la escalera *della Piazzetta* á la que

venia á caer su estancia. Reinaba el mas profundo silencio en todas partes; solo se oían de tarde en tarde algunas pisadas solitarias sobre las sonoras losas *della riva dei Selaconi*, y hacia la *Procura*.

Un hombre entonces envuelto en una capa oscura, logró deslizarse sin ruido á lo largo de uno de los lados de palacio Appiano, y se escondió un momento cerca del gran pilar de la escalera que iluminaba la luna con sus rayos. Sobre el pilar opuesto daba la sombra, y parecia á uno de esos dos grandes postes negros que protegen el *Casino dei Nobili* en Florencia. Todo se hallaba sepultado en el sueño. Aquel hombre se enderezó, abrió su capa y dió tres palmadas... abrióse una puerta, é inmediatamente salió por ella una jóven.

Bajó penosamente los seis escalones de la escalinata... Diríase al verla, que violentísimos dolores retorcian su hermosísima espalda, cuyos deliciosos contornos dejaba ver la claridad de la luna... al quinto escalon salió un suspiro sofocado del ángulo de la escalera... y al pie de la escalinata, Virginia de Appiano caía muerta sobre el cuerpo de un hombre asesinado... ¡Era Pablo Orsini!

El gran poste negro había desaparecido... empero los rayos de la luna descubrian á lo lejos un *bravo* que corria huyendo hacia el palacio ducal!...

PENSAMIENTOS Y MAXIMAS MORALES.

Nuestros vestidos cubren nuestro cuerpo: descubren nuestro carácter y nuestras costumbres.

Para un siglo encogido y mezquino como el nuestro, estrechado, condensado en su egoismo, la capa tenía demasiado vuelo, demasiada anchura: podía abrigar á dos personas bajo sus anchos pliegues, podía partirse en dos, como hizo San Martín, como hicieron tantos otros hombres caritativos. Hemos proscripto la capa. El *paletot*, al contrario, encierra á cada uno muy bien *en sí mismo*. Cada uno no tiene bastante *para sí*. ¿Cómo dividir un *paletot*? Así el *paletot* es de moda.

Proponemos, pues, que en lo sucesivo se diga el *paletot* del egoismo, así como se dice la *capa* de la caridad.

Donde están los ojos está el corazón. Se apartan los ojos de lo que disgusta, de lo que no se ama. Una mirada es casi siempre una señal de simpatía, de benevolencia ó de amor.

Amar es ser feliz: aborrecer es ser desgraciado. Añadamos sin cesar amor al amor, y sustraigámonos al odio. He aquí toda la aritmética de la felicidad.

FESTIVIDADES RELIGIOSAS.

EL ANGEL DE LA GUARDA.

Entre las tradiciones primitivas que el paganismo conservó, alterándolas sin embargo, ninguna fué mas respe-

tada que la del Angel de la Guarda. Las relaciones de los espíritus celestes bajo forma visible con nuestros primeros padres, sus frecuentes apariciones aun en el tiempo de los patriarcas, se hallaban profundamente grabadas en el recuerdo de los pueblos. Y aunque errores groseros man-



charon poco á poco este dogma tan puro y tan interesante, sin embargo, todas las naciones, aun las mas bárbaras, han reconocido la existencia de estos seres intermedios, consagrados al cuidado de la humanidad y encargados de intimar y ejecutar la voluntad bienhechora ó severa del árbitro del mundo.

En el Asia Menor, en la Grecia y en Roma cada familia tenía sus dioses larés protectores del hogar doméstico. Transmitidas religiosamente de padres á hijos sus imágenes, parecían presidir á todos los detalles de la vida interior; se les ofrecían votos y víctimas, sobre todo antes de hacer un largo viaje ó acometer una empresa importante; se les invocaba como testigos de la sinceridad de los contratos, como garantes de la fidelidad en los juramentos, y toda injuria hecha á un miembro de la familia que estaba bajo su proteccion, se reputaba como personal. Muchas veces cuando el enemigo vencedor lo llevaba todo á fuego y sangre, olvidaba el vencido los objetos mas preciosos para salvar las ahumadas estatuas de sus dioses, que debían seguirle á la tierra del destierro. Mil pruebas de estos hechos se encuentran en los escritores y en los poemas de estos remotos tiempos.

Esto no era mas que una alteracion del pensamiento primitivo, y la idea del Angel de la Guarda, este fiel é inseparable compañero del hombre, aparece bajo el dogma pagano. En efecto, la fé nos revela que desde el instante en que salimos á luz, Dios envía un ángel de sus legiones celestes para acogernos á la entrada de la vida, guiar nuestros pasos en la ruda carrera del destierro, y no abandonarnos hasta que la helada piedra del sepulcro haya cubierto nuestros cuerpos. ¡Idea eminentemente poética y santa!... ¡Dogma consolador y admirablemente conforme con lo que la fé nos enseña de la bondad de Dios y de la debilidad del hombre!

Convenia en efecto que nuestro buen *Padre que está en los cielos*, despues de habernos creado para su gloria y estimado en tan gran precio, no nos abandonase en este amargo valle de lágrimas, donde la providencia nos condena á pasar algunos dias de tribulacion. Convenia, era preciso que este pobre ser tan profundamente decaído, tan débil, el hombre, tuviese un apoyo para su fragilidad, un compañero de destierro, un guía, un amigo en este laberinto de peligros y de tristezas, donde á cada paso puede perderse. Y he aquí cómo un ángel fué destinado para nuestra guarda, para la guarda de cada uno de nosotros, ¡de todos, tantos como somos! Oficio misterioso y paternal que estos celestes mensajeros cumplen con una afectuosa é inalterable fidelidad.

No contento con reconocer la existencia de un genio unido á cada hombre, el paganismo multiplicaba sus ángeles protectores, y animaba en cierta manera la naturaleza entera con sus tropas invisibles. Segun la doctrina mitológica, las montañas, los valles, los bosques, los rios, los rebaños aun, y cada árbol en particular, tenían una ninfa ó un semidios para proteger su existencia. Bajo el hermoso cielo de la Grecia, estas deidades se presentaban revestidas de formas risueñas y voluptuosas, acomodadas al genio de aquellos pueblos sensuales, mientras en el cielo nebuloso y helado del Norte aparecían bajo formas gigantescas, igualmente análogas á las costumbres salvajes de naciones groseras.

¿No podría encontrarse, aun bajo estas misteriosas creaciones, una verdad primitiva? ¿Nos prohíbe la fé creer que cada imperio, cada ciudad, cada aldea, y las principales divisiones de la naturaleza física, tienen tambien ángeles protectores encargados de velar sobre su destino, manifestar sus necesidades y sus deseos, y defender su causa delante del Soberano Señor del mundo? Así lo pensamos nosotros, y algunos pasajes de la Santa Escritura parecen autorizar esta creencia, tan en armonía con la bondad del Criador.

Lo que es un hecho incontestable es la presencia de un ángel del Señor á nuestro lado, invisible testigo de nuestros pensamientos mas íntimos, compañero de todos nuestros pasos, y celoso protector de nuestros intereses. Apenas nuestros primeros gritos han anunciado que un desgraciado mas viene á aumentar el número de los hijos de Eva maldita, cuando la Providencia envía uno de los oficiales de su corte, y este servidor celoso acepta con alegría su mision. El es el primero que nos ama cuando todos no hacen aun mas que compadecernos. El cubre con sus alas nuestra frágil existencia, y comparte con nuestra madre los dias de nuestra cuna. El es el primero que comprende nuestras necesidades y nuestros dolores: el primero que enjuga nuestras lágrimas. En el dia en que las aguas del bautismo nos devolvían la inocencia, él era el que nos ofrecía al Señor; hacia por nosotros oraciones fervientes invocando las bendiciones celestes sobre una carrera ¡ay! sembrada de espinas, y cuyo final permanecía oculto tal vez aun á sus ojos. ¿Qué expresiones podrían explicar la interesante solicitud con que rodeó nuestra infancia, el celo afectuoso que desplegaba en favor de nuestra miserable existencia? Era el que vertía el bálsamo á esos dolores misteriosos, cuya causa no podía penetrar el ojo de una madre, y que alejaba con su poderosa mano el livido espectro de la muerte suspendida ya sobre nuestras cabezas. Y mas tarde, cuando nuestra inteligencia comenzaba á desarrollarse, á él debimos los primeros sentimientos del bien, las primeras nociones de la verdad. El era el que espresaba balbuciente las alabanzas al Señor por nuestra boca infantil; embalsamaba con el olor de sus méritos nuestros primeros pasos en la senda de la virtud; é insinuaba poco á poco en nuestro corazón las dulces enseñanzas de la religion.

Cuando arrastrados por la fogosidad de la edad y la violencia de las pasiones, cerráramos el oído á la importuna voz que nos advertía el peligro, esa voz amiga nos hablaba por medio de nuestra conciencia. ¡Ay! Todos hemos bebido en esa copa, cuyos bordes están llenos de miel, cuyo fondo es tan amargo. Todos hemos penetrado en la carrera del vicio, y hemos oído la voz de este amigo fiel, que redoblaba su vigilancia al par que es mayor nuestra ingratitud, no omitiendo ninguna ocasion de recordar su alto destino á nuestra alma inclinada hácia la tierra: ¿cómo pagar tanta ternura? ¿quién de nosotros no repetirá con el agradecido Tobías: *¿Cómo le recompensaremos? ¿Qué le ofreceremos que sea digno de sus beneficios? Por él nos hemos visto colmados de todos los bienes.*

Un sabio de la antigüedad, Sócrates, atribuía á su genio todas sus buenas inspiraciones. Esto hacia un filósofo pagano, cuyo entendimiento no habia sido iluminado por la fe cristiana.

Llegará una hora, hora aterradora, solemne, en que sa-

cuando de sus pies el polvo de este mundo, nuestro ángel se presentará con nosotros en la eternidad! ..

La Iglesia Católica celebra la festividad de los santos ángeles de la Guarda todos los años el día primero de marzo.

No podemos resistir á terminar este artículo con una bellísima invocación en verso de nuestro amigo y joven poeta don Gregorio Romero Larrañaga.

¡Que cuestan penas y luto
Sus alegrías y amores,
Y dan tan hermosas flores
El desengaño por fruto!

Desde hoy, des le este momento,
Arcángel mío, serás
Quien solo merecerás
Vivir en mi pensamiento;



Los ángeles de la guarda.

En tí mi esperanza fundo.
Sin tí todo me acobarda:
Puro arcángel de mi guarda,
Defiéndeme tú del mundo!

Jamás sus vanos placeres
Esciten ¡ay! mis antojos;
Jamás fascinen mis ojos
Los ojos de las mugeres!

Poniendo á tu santo amor
Por hermosa compañía,
El recuerdo de María
Y la imagen del Señor!

Puro Arcángel inmortal,
En tí mi esperanza fundo:
Guíame tú por el mundo,
Y líbrame de su mal.

EL C. DE F.